

Discurso discontinuo

PEDRO PANIAGUA

Manuel ADRIO, *El periodismo, cristal de aumento*. Ed. del autor, Madrid, 1998, 153 páginas.

Manuel Adrio ofrece, a través de más de mil aforismos, una visión de la profesión periodística cargada de ironía, sarcasmo y autocrítica.

Cuenta Manuel Adrio, en la introducción a su libro *El periodismo, cristal de aumento*, recién publicado, que en cierta ocasión el director de un diario matutino madrileño pidió a Gómez de la Serna que «redactase las «greguerías» de seguido». «Naturalmente el gran Ramón —dice Adrio— asombrado y perplejo ante semejante pretensión de la ignorancia, ni se molestó en contestar».

Esta forma discontinua de la greguería, que tan incómoda le resultaba al «eximio» director, ha sido la elegida por Adrio para poner por escrito toda su experiencia de cuarenta años como periodista, en los que ha pasado prácticamente por todos los puestos de ABC, el diario donde precisamente el gran Ramón publicó sus últimas greguerías.

¿Que qué podemos encontrar en este compendio de greguerías, aforismos, sentencias?... (términos no siempre sinónimos que el propio Gómez de la Serna se encargó de separar y que aquí son usados no como sinónimos, desde luego, sino como nombres distintos de distintos tipos de frases que encierran una idea, un sentimiento, una intuición, una ironía o, por qué no, una maldad). Que qué podemos encontrar, decíamos; pues un poco de todo. En primer lugar, más

de mil de estas sentencias, desordenadas por temas, casi siempre con el periodismo como telón de fondo.

En segundo lugar, podemos encontrar un gran amor por la profesión, según dice el propio autor en las líneas que anteceden a los aforismos; pero un amor que en no pocas ocasiones se traduce en auténticas pullas a sus ejercientes: «El periodismo es una bella profesión y lo sería aún más si no estuviese integrada por periodistas» (aforismo 129). Y en tercero, lo mejor de muchas sentencias ajenas al autor, tomadas de personajes ilustres del periodismo y la literatura. En ellas tampoco falta el «amor»: «Mark Twain: “Jamás había oído que se necesitase saber algo para escribir en un periódico”» (724).

Entre estas frases célebres ajenas hay verdaderas joyas: «Para Northcliffe, “noticia es algo que alguien, en alguna parte, intenta ocultar. Todo lo demás es publicidad”» (942). Son frases que tras su cinismo, su humor, su falta de proporción muchas veces, suelen encerrar una gran verdad, si no universal, sí por lo menos aplicable a ciertos medios: «Rupert Murdoch: “Si los periódicos subsisten a pesar de la ineficacia de los administradores, deben ser un buen negocio”» (21). Aunque, por supuesto, el pensamiento no siempre aparece disfrazado. A veces toma una forma clara, directa y tan abierta que deja una duda en el aire como máxima expresión de la verdad que ha salido de su encierro: «Albert Camus: “Cuando la prensa es libre, ello puede ser bueno o malo; pero cuando no tiene libertad no puede ser más que malo”» (47).

Adrio, conocedor como pocos del funcionamiento de una redacción, ha sabido retratar con agudeza a muchos de sus especímenes más curiosos, reflejando unas miserias que nunca son individuales: «Para muchos el periodismo es como un autobús del que están dispuestos a bajarse en cuanto surja una buena oportunidad» (201). Aunque, claro, siempre ha habido clases y no todas evolucionan igual: «Los periodistas no demasiado inteligentes tienen tendencia a envejecer en seguida» (243).

Para lavar la mala imagen hay que exponerla, debió pensar el autor, pero exponerla como él lo hace, con la bondad que subyace en todo el libro a pesar de los continuos ataques que sufren sus colegas, entre los que elegantemente se incluye, según dice en la introducción: «Yo mismo me veo retratado en numerosas ocasiones y quizás más y con mayores daños que otros». Esa misma bondad es la que se requiere del lector de este Cristal de aumento. En una de las sentencias, por ejemplo, Adrio se refiere a la suerte: «La mayor parte de los éxitos periodísticos son producto de la suerte» (923), lo que puede parecer un demérito para los periodistas aunque también puede verse como una virtud. La suerte hay que buscarla, parece decir, y en esa búsqueda quizá se encuentre uno de los rasgos esenciales del periodismo. Un periodista, decía Philippe Temporel en frase que merecería estar recogida en este libro, «no puede tener mala suerte».

Aunque, quizá, ni con buena puedan ya quienes escriben en los periódicos lavarse su mala imagen. Sobre todo la que tienen entre el servicio: «El mayordomo del Marqués de Salamanca anunció así la visita de un reportero: “No es un hombre, es un periodista”» (264). ¿No pensaría eso mismo Ramón del «ínclito» director?